

SEBASTIÁN JUAN ARBÓ, *Pío Baroja y su tiempo*, Barcelona, Editorial Planeta, 1963; 841 pp.

Entre los últimos libros publicados sobre Pío Baroja, figuran los siguientes: Miguel Pérez Ferrero, *Vida de Pío Baroja. El hombre y el novelista*; Carmen Iglesias, *El pensamiento de Pío Baroja*; Martha Díaz de León Recaséns, *Dos ensayos sobre Pío Baroja, y La soledad de Pío Baroja. Su individualismo frente a la sociedad*. Cada uno de estos libros ofrece, en forma original y crítica, una nueva actitud para explicar al más grande novelista de la Generación del 98. Podría decirse que de ninguno de los hombres que formaban aquella Generación se ha escrito con más espíritu analítico y con más anhelo de llegar al sentido de su vida y de su obra. Lo que Pío Baroja no alcanzó durante sus horas de trabajo y de angustia, lo ha encontrado después de muerto. Es una justicia tardía, pero es una justicia.

El libro de Arbó es la obra de más ambición. No se trata sólo de una reconstrucción biográfica, sino también de un examen de su época y de sus obras. El autor —se adivina— ha tenido que acudir a no se sabe cuántas fuentes para componer su obra. La época, compleja y muchas veces interpretada mal aun por los propios historiadores de la literatura, aparece, gracias a la diligencia del autor, de manera lúcida, y hasta se perciben en ella las causas que la animaron de modo subterráneo. Leyendo los capítulos dedicados a esta materia, se va de sorpresa en sorpresa, porque estamos habituados a los lugares comunes que nos ofrecen los historiadores de la literatura. Arbó nos hace ver que tras la Generación del 98 existían otros valores, no sólo literarios, sino también políticos y sociales. De este modo la conducta de Baroja se explica y se justifica.

Baroja aparece así como un hombre insobornable a toda tentación: a la que partía de los intereses sociales o políticos, y a la que rondaba tras los jóvenes incitándolos a tomar posturas literarias falsas, retóricas y desnaturalizadas. Baroja, por su temperamento, por su auténtica personalidad, resistió toda tentación y se mantuvo en el sitio que juzgó, desde un principio, el verdadero. En este sitio se plantó un poco terco, y en él se sostuvo hasta su muerte. Aquella testarudez, vista ahora a

Toledo, *ilustre*" para el profesor Castañeda. Y que en las ediciones primitivas no hay errata, lo demuestra el perfecto paralelismo de ese verso 1942 con los contiguos: "Noble Blasco de Guzmán, / gallardo Beltrán de Rojas, / *ilustre* Illán de Toledo / ... / fuerte Garcerán Manrique" (con el adjetivo siempre antepuesto al nombre).— Quizá tampoco hubiera sido necesaria la modernización (v. 3632) de la forma popular *cuantimás* (por "cuanto más"), ampliamente documentada en los escritores del Siglo de Oro.

distancia, equivale a la profesión de verdaderos principios morales y estéticos.

La vida de Baroja es un ejemplo de probidad. Ganó su vida con su trabajo. No le tuvo miedo a la naturaleza del trabajo, así debiera de realizarse con las manos. Un día se puso la blusa del obrero y manejó una panadería; otro día se encasquetó la gorra del cajista y asesoró una editorial; otro día se fue por los campos para ejercer su profesión de médico. Donde puso las manos o la mente dejó un ejemplo de probidad y de entereza. Al fin encontró su camino: el de las letras. Pero este camino acaso fuera el más engorroso y, por lo mismo, el más difícil. Las sirenas de la nueva retórica, los diablos de la vieja tradición obstruyeron su camino. No se dejó seducir. Con intuición que yo llamaría genial, apretó la pluma entre sus dedos y se dijo: "Por aquí"; y por este "aquí" caminó seguro y valiente. Basta comparar su obra con la de sus contemporáneos, para advertir cómo éstos (hasta los buenos) no dejaron de pecar alguna vez de retóricos, cuando no de pedantes. Baroja no; fue lo que era y lo que quiso ser: un hombre veraz, con un estilo veraz y un propósito veraz.

Sus novelas pudieron seguir el derrotero de la anécdota, de la tesis, del realismo, del naturalismo, del filosofismo. Pero no lo hizo. Él tenía su concepto de la novela, y tuvo también sus modelos (la novela rusa y la novela inglesa, de modo especial, Dickens) y así, amalgamando lo que adivinaba y lo que pudo aprender de aquellos sus maestros, se plantó en medio del camino, y se puso a escribir sus novelas. ¿Qué tienen estas novelas de Baroja? Pues tienen algo que nadie había intentado: la vida misma que discurre, que pasa junto a nuestros ojos. Por eso Baroja da la impresión de que sus novelas (todas sin excepción) parece que ni empiezan ni acaban. Falsa observación. Las novelas tienen el principio, el proceso y el final propios de la vida, de la vida misma. No selecciona ni temas, ni escenas, ni personajes. Toma la materia de la vida; la sorprende en un momento dado, cuando se abre una puerta o cuando se entreabre una reja de prisión. Y aquí empieza la novela. Lo que ha de ser la novela será eso: lo que sigue tras la puerta o tras las rejas. ¿Y cuándo la termina? Pues no la termina; la interrumpe. Esta interrupción es exactamente lo que hace la vida diaria. Vivimos y, en un instante, la vemos interrumpida o truncada o como quiera decirse. Este procedimiento de Baroja es lo que nos permite sentir y entender su veracidad.

Por lo que respecta a su forma, a su estilo, bastará con decir que nunca antes el idioma se había mostrado más desnudo de elocuencia, de adorno o de melindre. El estilo de Baroja empieza en su espíritu y concluye en su pluma. No se detiene para aprehender una fórmula ni

una moda. Es lo que debía ser. Por eso el estilo de Baroja mereció el más franco y enérgico elogio de Juan Ramón Jiménez y de Ortega y Gasset, que no eran dados al elogio fácil ni difícil.

Así pues el libro de Sebastián Juan Arbó constituye un modelo de diligencia, un esfuerzo de bien ordenada crítica literaria, una decidida intención de enfocar el *caso Baroja* sin prejuicios de ninguna especie. Con este libro redescubrimos al verdadero Baroja. El autor nos ha presentado, sencillamente, a Baroja. Y presentar así, desnudo e íntegro, a Baroja es conocer su genialidad como hombre y como novelista.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

RICARDO GULLÓN, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Eds. Taurus, 1958. (Col. *Diálogos*).

Creo que en México no se ha prestado toda la atención que un libro tan importante como éste merece. No se trata de un reportaje o cosa parecida, donde el preguntador y el preguntado van hilvanando sus ideas hasta dejar un cañamazo más o menos acabado. No; se trata de una espiritual convivencia con el poeta, de la cual resulta el perfil de su personalidad humana y lírica. Debe advertirse que el autor del libro es un escritor de prestigio y además un profesor que conoce los caminos difíciles de la didáctica. De este modo supo sortear las dificultades que ofrecía la materia viva de su empresa. El libro para mí es de particular interés, porque conocí a Juan Ramón en sus últimos años y con él sostuve conversaciones parecidas, que nunca llegué a publicar, como ya he advertido en otra ocasión. Traté al poeta durante su estancia en Washington, en Maryland y en San Juan de Puerto Rico. Como Gullón, frecuenté su casa en Hato Rey, cerca de la Universidad establecida en Río Piedras. De mis charlas con el poeta y Zenobia guardo recuerdos imperecederos, por lo cordiales y por lo sabias. Como dato curioso debo decir que mi hija Juana Inés, que entonces tendría ocho o nueve años, fue amiga predilecta del poeta; con ella se entretenía horas y más horas, y acabó por regalarle un precioso ejemplar de *Platero y yo* con escenas nuevas, manuscritas, de la deliciosa historia. No pocas cosas de las tratadas en las charlas con Gullón las trató también conmigo. En un punto nuestras notas andan un tanto en discrepancia. Juan Ramón siempre me habló con verdadera pasión de su deseo de volver a su Moguer. Cuando tocaba este tema, se adivinaba que le invadía un gran amor y una gran tris-